

Metodología y organización

Educación en la lealtad ⁽¹⁾

por Louis Evelyn

En primer lugar, descartemos una falsa noción de la sinceridad. Nuestra época presume de veracidad. Odia el formalismo y las convenciones. Pero con demasiada frecuencia su sinceridad es una sinceridad oratoria, que consiste en decir todo lo que se piensa y en admitir todo lo que se siente. ¡Cuántas veces he oído a un adolescente de nuestros días!: "Hay que ser sincero. Yo debo reconocer en mí la pereza, la alegría ante el mal ajeno, la inclinación a la melancolía, el odio o la indiferencia hacia muchos de mis semejantes y aun de los más próximos. Estos son mis sentimientos. Yo no debo ser hipócrita afectando otros. Me mostraré tal como soy".

Yo respondo: esta es una falsa sinceridad. El muchacho se comprueba como un hecho, se describe como una cosa. Esto es mentira porque él vale mucho más. ¡Tú eres muy distinto de lo que dices! Lo demuestra el que no estás conforme con ser así, no estás satisfecho, te sopor-tas mal a ti mismo. La verdadera sinceridad, la única que me interesa, es la que empleas en buscarte, en sobrepasar las fisonomías varias que tu sensibilidad y tu reflexión te ofrecen de ti mismo, y trabajando por mejorarte, te esfuerzas en ser el que en el fondo eres. Como dice Lavelle: ser sincero es mostrarse haciéndose; no es comprobarse, sino actuar. La educación en la sinceridad es dinámica: pensar que el ideal de superación es lo que tenemos de más sincero, a pesar de todas nuestras debilidades y nuestras flaquezas, que podrían desalentarnos impi-diéndonos confesarlas.

Hay que explicar a nuestros alumnos que un hombre es infinitamente respetable en tanto es veraz, aunque tenga debilidades, puesto que se separa de ellas, las distingue y no las justifica. No se le debe despreciar ni abrumar porque, aun en sus faltas, afirma la nobleza humana: continúa respetando el ideal al tender a él, bien que reconozca que no le ha alcanzado. Por el contrario, si miente, niega el ideal, que encubre su falta y la protege contra el remedio, toma partido a favor de ella y prefiere detenerse en lo que ha hecho en vez de superarse convirtiéndose en el que debe. La verdad es el aire que respira una personalidad para crecer.

Condiciones de esta educación.

La principal causa de mentira es ciertamente la cobardía. Casi siempre somos desleales por miedo. Nada exige más valor que "obrar cuando estamos solos igual que si estuviéramos en presencia de todos, y obrar cuando estamos en presencia del mundo entero lo mismo que cuando estamos solos" (Lavelle). Un verdadero educador deberá tener el culto de la independencia del carácter y comunicará este ideal a los que intenta formar.

Dios no ha dado al hombre nada más hermoso que la libertad. Es un don superior al de la vida y los padres deberían observar y admirar en sus hijos las primeras manifestaciones de la necesidad de independencia con tanta alegría como espían la primera sonrisa o la primera muestra de gratitud. ¿Qué serán nuestros hijos más tarde si no son independientes? Un hombre de carácter es un hombre independiente, independiente de sus instintos, de sus sentimientos, de contorno y de los prejuicios. El no obedece ni por miedo, ni por interés, ni siquiera, ¡oh, madres!, por afección, sino solamente por convicción. Al contrario, el que obra como los demás, aunque obren mal, el que consulta la opinión pública para saber cuál es la suya, el navegante a vela que busca siempre el viento dominante, está maduro para todas las traiciones.

Un verdadero educador ama y busca la independencia de sus alumnos. Considera que ha cumplido su deber cuando percibe al educando profundamente independiente de él y, no obstante, dócil, amistoso, agradecido, precisamente porque está liberado. No se le obedece porque se le teme, ni porque se le ama, porque estamos vinculados a los principios que le mueven, a los cuales nos ha enseñado a respetar. Los niños, como los adolescentes, son profundamente sensibles e impresionables. Debemos protegerles, primeramente contra nosotros mismos, para que no sean oprimidos por el vigor de nuestra personalidad; inmediatamente después contra ellos mismos y contra su exagerado deseo de agradar y de oponerse.

Hay, en efecto, dos maneras de que se muestre exageradamente influíble. En primer lugar, respondiéndolos lo que él cree que os agrada, adoptando vuestras ideas por afección, condu-

(1) Publicado en "Pedagogie Education et Culture". París, enero 1960. Traducción de A. M.

ciéndose de manera que gane vuestro asentimiento. Tal conducta revela una grave falta de respeto hacia la verdad en quien la sigue y en el educador que la tolera. Es bueno relatar a nuestros alumnos rasgos de independencia de carácter como el de Foch, por ejemplo. Era todavía un joven oficial, y en el curso de unas maniobras, el grupo de tropas que él dirigía había ganado la batalla. El General en jefe, que arbitraba las maniobras, reunió a los dos jefes de campo y dirigiéndose al adversario de Foch le censuró así: "Amigo mío; vuestro caso es claro. Habéis partido de una idea preconcebida, que es lo peor de todo en estrategia. Hay que basarse en la realidad, observar el terreno, responder a las maniobras del adversario y no extraviarse en la teoría". Después se volvió hacia Foch y amablemente le dijo: "Y usted, mi comandante, dígame cómo habéis procedido para alcanzar esta brillante victoria". "Mi General—dijo Foch—; yo tenía una idea preconcebida "

Y, en sentido contrario, contadles la historia del pulverizador. Para enseñar el espíritu científico a sus alumnos, un profesor de Universidad les reunió en una sala a fin de obtener su colaboración en una experiencia. "El pulverizador que véis—les dijo—contiene un perfume extremadamente sutil, y yo quiero saber qué cantidad exacta debo difundir para que sea percibido en toda la sala. Voy a apretar la pera una vez y los que hayan sentido el perfume, que levanten silenciosamente el dedo. Luego la oprimiré una y otra vez hasta que haya llegado el perfume a todo el ámbito." Después de la primera maniobra se hizo un profundo silencio, una vacilación en la sala, y uno o dos dedos se le-

vantaron tímidamente. Después del segundo, se alzaron varios más. Bastaron cuatro o cinco golpes para que se mostrasen en el aire todos los dedos. Entonces el profesor dijo: "Señores; en mi pulverizador no hay nada; pero ustedes acaban de dar un magnífico ejemplo de objetividad científica. Esta consiste en no hacer lo que han hecho".

Pero hay otro servilismo contra el que hay que poner en guardia al niño porque se abandona a él con mucha frecuencia porque cree que es una prueba de independencia. Es la oposición sistemática y la contradicción permanente. Hacer o decir lo contrario de lo que otro dice o hace no es ser independiente, sino al contrario, depender continuamente de él. La aprobación de un superior no debería hacernos cambiar de opinión, del mismo modo que él no deberá dictárnosla. La verdadera independencia consiste en atenerse a la verdad, aunque sean nuestros superiores quienes la proclaman.

Sólo hay una especie de hombres con la que Cristo no quiso nada: los hipócritas. Los preceptos de Cristo son pobreza, renunciación, simplicidad, sinceridad, pureza de corazón; ellos se oponen radicalmente a la falsa riqueza de la mentira.

Dios exige una lealtad total. Ante él caen las caretas y las apariencias nada valen. Bajo estas máscaras, detrás de las cuales nuestros hijos y nosotros mismos disimulamos ansiosamente nuestra esterilidad interior, nuestra inconsistencia, nuestro vacío, Dios nos mira con un semblante tan humilde, tan paciente y tan tierno, que nos persuade dulcemente a que las abandonemos.

Testimonio de la Verdad

La opinión y la conjetura están como en su casa en el mundo de las imágenes, en donde no hay ningún saber objetivamente comunicable. La fe, por el contrario, es un aspecto especial del saber espiritual, ya que éste siempre atestigua de persona a persona, se mueve dialógicamente. Y es verdad que el saber cada vez más cierto engendra creencias cada vez más fuertes porque la experiencia siempre renovada de la certidumbre en la verdad engendra una siempre renovada disposición a confiarse al movimiento de la verdad.

Donde la libertad está en juego reina siempre la responsabilidad; la fe en la recepción de la verdad es el correlato adecuado de la responsabilidad en la expresión de la verdad. En esta responsabilidad remata la trascendencia del movimiento de la verdad. Cuanto mayor llega a ser la parte que pone el sujeto en la verdad que él reclama tanto más insuficiente es aquí la mera aseveración de que eso es realmente así, de que lo dicho merece fe; tanto más se exige que lo dicho mismo sea puesto a prueba por un intensificado riesgo. Pero éste no puede ser otro que la acción. El sujeto probará con su vida, con su obrar, y en caso necesario con su sufrimiento, que en cuanto totalidad está tras su aseveración. Se pondrá íntegro en un platillo de la balanza. Y con esto, precisamente, consuma su exteriorización; él había empezado a expresar su verdad tal cual se expresa una tesis teóricamente correcta, pero se cargó de una responsabilidad que le impulsó, además de lo previsto, a una expresión cada vez más renovada, cada vez más grave, hasta que finalmente se vio forzado a manifestar en hechos su existencia íntegra, su más íntima esencia. Por este camino la verdad de su aseveración fue puesta a prueba con su vida. Entonces se mostró cuánta gravedad tenía su verdad. Y, en rigor, sólo por este testimonio de la vida la verdad expresada se convirtió en verdad consumada.

(HANS URS VON BALTHASAR: *La esencia de la verdad*. Edit. Sudamericana. Buenos Aires, 1955. páginas 193-194.)